

tiga y mortifica su cuerpo con los caprichos de la moda; el sensual para quien no hay mas placeres que los de la carne, ninguno de estos se dirige por Jesucristo, que es el camino del cielo, sino por el diablo que es el camino del infierno.

Ved aqui la necesidad en que estamos de practicar las virtudes cristianas, y apartarnos de los caminos de la maldad, pues que así cumpliremos la voluntad del Eterno Padre. Y Jesucristo nos dará el título dulce y consolador de hermanos: *quicumque enim fecerit voluntatem Patris mei, qui in caelis est: ipse meus frater, et soror, et mater est.*

Jesucristo nos ha dicho tambien que es la verdad: *Ego sum veritas.* Y en efecto, cristianos; verdad es en su doctrina y en los preceptos que se ha dignado imponernos. ¿Y podremos nosotros variar á nuestro antojo su doctrina y sus preceptos? ¿Nos será lícito formarnos por nosotros mismos un nuevo catecismo para regla de nuestras costumbres? Nada son al lado de las voces de Jesucristo todas las voces, al lado de su doctrina todas las doctrinas. Jesucristo nos ha impuesto una ley ¿y dudais acaso de su autoridad? ¿No es un Dios con el Padre y el Espíritu Santo? Viviendo entre los hombres ¿no mostró su autoridad soberana mandando á los elementos? ¿No la mostró sacando á Lázaro con vida del sepulcro? ¿No le mandó su Eterno Padre para que perfeccionase la ley? Es necesario el colmo de la insensatez, para no conocer la verdad de la doctrina evangélica, «que apareció en medio del mundo» pagano, valiéndome de las espresiones de un sábio, «como un sol de verdad que no ha dejado de alumbrar» desde que salió; y tan imposible es á los hombres oscurecerle, como arrancar del firmamento ese astro

«que nos alumbra (1)» Apartaos de la doctrina del Salvador, é ireis cayendo de precipicio en precipicio hasta llegar al abismo de la perdicion eterna. Para seguir por sus caminos, para creer la verdad de su doctrina y abrazarla, ¿necesitareis como los fariseos del Evangelio de hoy, que haga un nuevo milagro? ¿Necesitareis que dé nuevo testimonio de poder y de su autoridad? No lo creo; á los que ciegos en su incredulidad tal pidan, desde luego les contestará el Salvador, como á aquellos, que no se les dará mas señal que la del profeta Jonás. Al incrédulo á quien no bastan ni los milagros de Jesucristo, ni la perpetuidad de su religion, ni sus triunfos á través de tantas persecuciones y combates, no se les dará otra señal que la de su propia condenacion.

Desengañémonos, cristianos, no hay felicidad fuera de la doctrina de Jesucristo: el que desobedece á Jesucristo, está pronto á desobedecer tambien á toda autoridad: el que no acepta el yugo de la ley divina, se burlará de las leyes humanas, porque nada puede ciertamente respetar el que á Dios no respeta; á nadie puede amar el que á Dios no ama. Observad sino á esos impíos, á esos hombres blasfemos cuyas sacrílegas lenguas así ofenden á Dios, como si Dios fuera una suposicion de la inteligencia. Observadles digo, y vereis en ellos malos ciudadanos, para quienes nada suponen las leyes y órdenes civiles, peores padres de familia, que lejos de educar á sus hijos en el temor de Dios y en la verdadera honradez, los guian por el camino del vicio; hombres en suma escandalosos, destructores de toda moral, de todo buen orden social.

(1) Frayssinous, Defensa del Cristianismo. Tomo IV. pág. 513. Madrid, 1827.

Sostengan los príncipes y gobiernos la necesaria armonía entre la Iglesia y el Estado: dejen á aquella la libertad de enseñar que le concedió su fundador Divino: protejan la religion: trabajen sin cesar porque se arraiguen las buenas costumbres, y la juventud se eduque cristianamente, y los estados estarán en paz, y se afianzarán los tronos de los reyes, y serán respetadas las leyes que dictaron á sus pueblos, y la sociedad presentará un aspecto encantador, que será imposible de buscar sin la doctrina de Jesucristo. Pero en vano aplaudiremos lo excelente de la moral evangélica: en vano confesaremos que Jesucristo es la verdad, *Ego sum veritas*: si nuestras costumbres se hallan á gran distancia de las reglas marcadas por el mismo Jesucristo: están claramente marcados los preceptos que debemos practicar, y estos preceptos no podemos arreglarlos á nuestro gusto y capricho: en la ley de Dios no sirven tergiversaciones ni interpretacion alguna; nos ha dicho: amarás á Dios sobre todas las cosas, y esto basta á hacer criminal y desobediente á aquel que poniendo su corazon de lleno en lo que no es Dios, no le ame con amor de preferencia. Podemos y aun debemos amar á nuestros padres y familia: estamos obligados á amar á nuestros prójimos como á nosotros mismos, pero todo este amor ha de ser secundario y despues del de Dios, que no cede en esta parte sus derechos. Nos ha dicho que no juremos su santo nombre en vano, y esto basta para declarar terminantemente el crimen de aquellos que á Dios traen siempre por testigo, ora sea verdad, ora mentira aquello que afirman á otros. Nos ha mandado santificar las fiestas, y así son criminales los que aunque no trabajan en dichos dias, los pasan en el ocio, en las diversiones profanas, y tal

vez en cometer mayores excesos que en otros dias.

¿Creeis que santificarán las fiestas los que destinan los dias del Señor á la embriaguez y á los placeres? Así, hermanos míos, de los demas preceptos.

Ved la necesidad en que estamos de someternos fielmente á Jesucristo, que no solamente es el camino y la verdad, sino que tambien es la vida. *Ego sum vita*. No hay duda, señores, que desde la transgresion del primer precepto el hombre estaba sumergido en las tinieblas de la muerte, porque perdido el derecho que tuviera al cielo, estaba aprisionado con pesadas cadenas de esclavitud al terrible carro del fuerte armado. Los vaticinios de los Profetas alentaban las esperanzas del mundo, y todos suspiraban por el prometido remedio, pero entretanto se vierten abundantes lágrimas de los ojos de aquellos á quienes Israel por justos reconoce. ¡Cuándo llegará nuestro remedio! ¡Cuándo nuestros ojos verán al justo! ¡Cuándo saldremos de la muerte del pecado á la vida de la gracia! Tales eran los suspiros y no interrumpidas súplicas de los mortales. Jesucristo, pues, que vino para que se cumplieran las esperanzas del mundo, disipando las tinieblas de la oscura noche de la muerte, fué el que dió la vida al mundo, el que salvó á la humanidad muriendo en una cruz, y abriéndonos las puertas de los cielos, cerradas desde la culpa de nuestro primer padre: por esto se dice Jesucristo vida. *Ego sum vita*.

Pues bien, si como hemos visto, Jesucristo es el camino, la verdad y la vida, *Ego sum via, veritas et vita*; necesario nos es oír su doctrina, seguir sus consejos, observar sus preceptos, y no apartarnos en nada del cumplimiento de su voluntad, y este será el modo de constituirnos por nosotros mismos en un estado de

verdadera y positiva felicidad. Jesucristo es el único que puede salvarnos, porque Él es el camino. ¿Queréis, pues, ser del número de los hermanos de Jesucristo? Pues haced su voluntad; cumplid sus preceptos. *Quicumque enim fecerit voluntatem Patris mei, qui in caelis est: ipse meus frater, et soror, et mater.*

Cristianos: de vosotros, que por la misericordia de Dios conservais el depósito de la fé que heredásteis de vuestros mayores, exige la religion homenajes de fé, pero no de una fé tímida, sino de una fé pública con la que podais contrarestar á la incredulidad del siglo. La religion recibe continuos ultrajes por parte de la impiedad. ¿Qué cosa mas natural que nosotros con nuestro buen ejemplo tratemos de edificar lo que aquellos destruyen? ¿Qué cosa mas propia de buenos católicos que oponernos á la licencia del siglo con nuestra sumision á las divinas leyes? Se desprecia por esos hombres que se dan el título de despreocupados é ilustrados, la religion y sus preceptos, ¿cómo no honrarla nosotros coadyuvando, aunque hayan de hacerse esfuerzos, al culto público, que es la mayor confusion para la impiedad? Sí, cristianos celosos, teneis una madre que es la Iglesia, y esta madre vierte lágrimas de dolor y desconsuelo al ver la impiedad é incredulidad de muchos de sus hijos. ¿Si viérais á vuestra madre natural afligida y desconsolada, ¿no acudiriais con presteza á enjugar sus lágrimas? ¿Y será menos digna de vuestro amor la madre de vuestras almas que lo es la de vuestros cuerpos? Lleguen á vuestro corazon sus tristes lamentos, y consoladla con vuestra fé, con vuestra verdadera devocion, con la práctica de las virtudes cristianas. Vuestra madre la Iglesia os recibió en sus amantísimos brazos en cuanto vísteis la luz del mundo, y

os regeneró con su bautismo: le debeis, pues, la salud de vuestras almas: ella os enseñó el camino de la salvacion que sois tan fáciles á olvidar: si caeis en la culpa no por eso os desprecia; antes por el contrario, os brinda con su perdon, ofreciéndoslo por el tribunal de la penitencia, y os alimenta y fortalece despues con el pan de vida eterna que os reparte en la mesa del altar.

¡Ah! que reflexion mas oportuna viene á mi imaginacion en este momento. Oírla para vuestro bien y no la olvideis. El mundo os llama y quiere que la sigais. ¿Y qué os ofrece? Placeres, coronas de flores que se marchitan, aprecio social, riquezas, honores y dorada copa de inmundado amor, tósigo venenoso, que circulando por vuestras venas os conduce á una muerte cierta. Yo quiero suponer que seais de larga vida y que por toda ella disfruteis de cuanto el mundo os ofrece. Pero al fin ¿no es verdad que llegará un dia en que de nada os servirán ni vuestros honores, ni vuestra posición, ni vuestros tesoros? Si: figuraos en este momento que estais ya en el lecho del dolor, y que conocéis lo próximo del dia de vuestra muerte: llamar á vuestros amigos de placeres, invocad á ese mundo que os sedujo, valeos de vuestras riquezas para libraros de la muerte. Pero ¿qué digo?... ¡Ah! ¿Qué entonces conoceréis que todo pasó como sombra. Entonces os acordareis de vuestra madre, invocareis la religion, esa misma religion, que tanto ofendisteis, y á la que tal vez despreciásteis, y ella no conservando rencor os mostrará su caridad: por vosotros mismos experimentaréis el amor que os profesa, y vertereis lágrimas de consuelo al ver que su ministro os dirige palabras de perdon, que os exhorta

al arrepentimiento y que os alimenta con el mismo cuerpo de Jesucristo para que os proteja y defienda en vuestro tránsito para la Eternidad.

Yo os doy gracias, Dios misericordiosísimo, porque me habeis hecho hijo de vuestra Iglesia santa: os agradezco en lo íntimo de mi corazón tan gran merced, don tan estimable. ¿A dónde podíamos haber encontrado una madre tan tierna y cariñosa, que nos reciba al nacer, que nos instruya en nuestros deberes, que santifique nuestras buenas obras, y que en sus brazos cuando hemos de salir de este mundo nos conduzca al cielo.

Ved, hermanos míos, la inconstancia de las cosas del mundo y la constancia de la religión por salvarnos. Reunid ahora cuanto llevamos dicho, y comprendereis toda la felicidad del cristiano que se somete fielmente á la doctrina de Jesucristo: contrarestar la impiedad con vuestra piedad; la incredulidad con vuestra fé; la rebeldía con vuestra gratitud; ser en suma, observadores de la ley de Dios, y así lejos de hacer infructuosa para vosotros la preciosa sangre de Jesucristo, os aprovecharéis de la eficacia de sus méritos, y despues de haber sido hijos sumisos de la militante Iglesia, sereis un día contados entre los miembros de la triunfante, que es la gloria, cuya posesion os deseo en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. *Amen.*

SERMON

PARA EL VIERNES

DESPUES DE LA DOMINICA PRIMERA DE CUARESMA.

Necesidad de la confesion para curar las dolencias y enfermedades del alma.

¿Vis sanus fieri?... Surge, tolle grabatum tuum, et ambula.

¿Quieres sanar?..... Levántate, toma tu lecho y anda.

Joan. cap. V, v. 6 y 8.

Si en todos tiempos se muestra solícita por nuestro bien la Iglesia santa, redobla sus esfuerzos en los días de la Cuaresma, valiéndose de diversos medios para conseguir el despertarnos del letargo de la culpa. A este fin pone á nuestra consideracion los trozos del santo Evangelio mas adecuados para obrar nuestra conversion á Dios, ganando nuestros corazones. Despues de habernos ya dado santas instrucciones en las anteriores ferias, propónese en la presente hacernos ver la necesidad y utilidad de la confesion, para animarnos á acudir á este santo sacramento, para lavarnos en sus aguas cristalinas de la lepra del peca-